

se una a otra las razas blanca y negra, y después exterminar a las dos la raza yanqui, que sueña há tiempo con fijar los límites meridionales de su imperio hasta Jamaica exclusiva en el mar de las Antillas, y en el continente hasta el Yucatán. Y después de estas cesiones y de esta paz humillante, *¡lloremos como mujeres!* lo que no hemos sabido conservar como hombres serios y formales.

Y pasada tan dolorosa Cuaremas volveremos a entregarnos a lo flamenco y lo bufo, y olvidaremos nuestros pesares concurriendo a las fiestas de alguno de los cuatrocientos circo taurinos que han surgido de los cuatro que había en España el morir Fernando VII. Perdóneme usted, señor de Cavia, que le haya molestado con estos desahogos patrios, que he escrito con pena; si de algo le pueden servir, utilícelos como guste, creyendo innecesario rogarle que no figure mi nombre para nada, pues ni hay para qué, ni mi edad y posición requieren; ni necesitan inmerecida nominación.

L. reitera su estimación su atento amigo y seguro servidor q. l. b. s. m.—V. V.

El padre de la prensa

¡Oh, qué generoso, qué generoso ese D. Carlos VII!

Su amor a la prensa—según dijo a un periodista español que habló con él hace días en Bruselas—no tiene límites.

—Quiero a los periodistas y los respeto—exclamó.

¡Conformes! Tanto quiere a los periodistas don Carlos, que aguarda con impaciencia el dichoso día en que los vea quemar en la Plaza Mayor de Madrid y les imponga el sambenito y la corzo.

¡Que no se le escape uno! Porque uno que quiso escaparse, el desventurado é inocente conserje alemán Smith, se fué a dar cuenta al otro mundo del amor, del paternal cariño que D. Carlos tiene hacia los periodistas.

Y la sombra del periodista Smith, bárbaramente fusilado en Abarzuza durante la guerra civil, se interpondrá entre la civilización y D. Carlos mientras haya civilización y haya barbarie.

¡Qué amor el de D. Carlos hacia la prensa!

Y qué tontería cometió Alemania cuando, poseída de indignación por tan bárbaro atentado, hubo de prohibir al hombre del Toisón que pisara el suelo alemán, so pena de ser tratado como un criminal vulgar!

El derecho a la sorpresa

Que en esta guerra vayamos resultando vencidos, no debe sorprender a nadie en España.

Todo el mundo lo creía así antes de empezar la guerra. Se fué a ella por honor, y desde el presidente del Consejo de ministros, hasta el último periódico y el último ciudadano, declararon que sólo aspiraba España a una derrota gloriosa.

El pueblo español no tiene, pues, derecho a sorprenderse de que nos venzan en Cavite y en Santiago de Cuba. Tiene derecho a sorprenderse de cómo nos vencen.

¡Tan rápida y fácil é impune! ¡Contra marinos sin barcos y contra plazas sin cañones!

CÉSAR NOCÉM.

Instituto Cajal

Nos complacemos en manifestar que el proyecto del Instituto a Ramón y Cajal, ha merecido el beneplácito de todos, y que son muchas las personas que desean cooperar. Deseamos que sea una obra verdaderamente nacional, y nos permitimos advertir que con sólo una peseta que diera todo español de buena voluntad, habría para hacer una obra impecable.

Damos las gracias a la prensa de Madrid y de provincias que han llamado la atención hacia dicho proyecto; no esperábamos menos, convencidos como estamos todos de que es una gran verdad, el pronóstico de Renán, *el hombre se emancipará por la ciencia*, y que ésta es el único medio de romper con la rutina, pues no se destruye sino aquello que se sustituye.

Todas las personas, corporaciones y todas las entidades que quieran contribuir a esta obra de gratitud y de regeneración, se les agradecerá infinitamente lo hicieran saber en la redacción de VIDA NUEVA.

EL ABURRIDO DE VENECIA.

Eran las cuatro de la tarde en el reloj monumental de la Procuraduría Vieja cuando entré en la plaza de San Marcos.

El sol de primavera, tamizado por la sutil neblina de las lagunas, coloreaba con suave tinte anaranjado las tres alas de la plaza, con sus sobrias columnatas de mármol, y en el fondo, cerrando como murallas de oro el gigantesco cuadrilátero, alzaba la basílica de San Marcos, dorada, afiligranada, casi aérea, cual maravilloso relicario digno de ostentarse sobre el pecho de la esposa de Micromegas.

La banda municipal de Venecia, una de las mejores del mundo, conmovía los ecos de esa plaza, jamás desbordados por el rodar de un coche ni el trotar de un caballo, con la arrebatadora cabalgata de la *Walkiria*, la valiente página de Wagner, que despierta estremecimientos de asombro y entusiasmo, parecía hacer palpitar con momentánea vida los cuatro corceles de bronza pateantes sobre la portada de la basílica; volteaban en el espacio como tromba de plumas los mil palomos de San Marcos, arrojándose con arrullador impulso sobre los grupos de niños que le presentaban granos de trigo en sus manecitas; y por debajo de los pórticos, antes las deslumbrantes joyas y las tiendas de azules espejos, paseaba esa población cosmopolita y bizarras, que la hermosura de Venecia atrae de todos los extremos del mundo: americanas morenas de ojos soñadores y varonil andar; austriacas esculturales, macizas, con la rubia cabellera suelta como bandera de oro, y esbeltas inglesas ostentando bajo el sombrío sombrero de paja los bucles cenicientos y los ojos azules, profundos y melancólicos, que parecen reflejar la suave y tranquila belleza de los lagos de Escocia.

La primavera veneciana acariciaba la plaza con su hábito tibio, en el que se confunden la salitrosa y vivificante emanación de la laguna con los perfumes de los jardines del Lido. Brillaba al sol la decoración policroma de la plaza; parecían arder los marcos pintados de ese rojo obscuro que domina en toda la ciudad y los artistas llaman *rojo veneciano*, y el aspecto de la animada muchedumbre traía a la memoria los recuerdos gloriosos del arte en Venecia, como si al mágico conjuro de la música de Wagner resucitasen todas las esplendidesas figuras en el lienzo por Ticiano, el Veronese y Típolo.

Algunas palabras españolas que sonaron a mi espalda, hicieron volver rápidamente la cabeza. Salían indudablemente de labios poco acostumbrados a pronunciarlas; las *erres* se arrastraban trabajosamente, sin lograr despojarse de su envoltura de *ges*, y las *jotas* acababan por no salir después de trabajosas intenciones de evasión... Eran sin duda comisionistas de comercio ó tu-

ristas que, preparando su viaje a España ejercitaban en el castellano.

Pero cuando al volver la mirada me encontré con un matrimonio que marchaba lentamente, cogido del brazo, parándose ante los escaparates, reconociendo inmediatamente sus rostros, muchas veces vistos en ciertos periódicos, y no pude contener una exclamación de asombro.

Esto último requiere explicación. ¡Extrañáse los curas belicosos, los enérgicos de seminario, los aventureros que sufren la nostalgia del monte y al abrir el periódico del partido buscan inmediatamente la noticia de que el *Señor* sigue sin novedad en su importante salud, allá en el palacio de Loreán! Inconvenientes de las malditas creencias liberales é impías. Yo, tan español como ellos estaba en Venecia cuatro días, y subyugado por la belleza de la ciudad, los esplendores de San Marcos y el palacio de los Dogas, ni remotamente había cruzado por mi memoria el recuerdo de que en el mismo sitio vive el hombre destinado por la Providencia para hacer la felicidad de España.

Por esto al verme repentinamente en presencia de D. Carlos y doña Berta, no pude contener el asombro que me causaban, no sus regias personas, sino mi falta de memoria de respeto a la majestad.

La vi a ella pequeña, delicada, con la tez amarillenta, de insignificante belleza, los ojos menudos pero vivos, con cierta siltidez imperiosa que delata ambición y tenacidad. Los años pasados en el convento se revelan aún por cierto encogimiento, por falta de costumbre en llevar las modas modernas, hasta el punto de que el elegante vestido de luto parecía querer huir de su cuerpo moldeado por el hábito.

El era el de siempre: pero no impunemente pasan los años y se adquiere fama de atleta en los juegos olímpicos del placer. Aún está en pie aquel buen mozo que no dejó a una sola de las guapas muchachas de Navarra sin conocer a qué sabe la carne de rey; pero se sostiene como torre arruinada, con retoques y falseamientos interiores; la barba gris con más pelos blancos que negros, los ojos empuñados por las profundas arrugas de la pata de gallo, y el andar inseguro y pesado del que siente que los placeres se vengán cosquilleándole dolorosamente la médula.

Apoyábase en el brazo de su mujer, y a pesar de su alta estatura, que aún parece mayor al lado de la pequeña doña Berta, notábase la superioridad de ésta. Se adivinaba el imperio de la mujer que, por ser dueña de los millones domina al marido arruinado, y poco segura de él, lo tiene a todas horas bien sujeto, imponiéndole su voluntad.

Aún recuerdo con todos sus detalles aquel encuentro. Cuando se pasea por el vacío de un país extranjero la irrisoria majestad de un trono fantástico, cuando se sufre el aburrimiento de la soledad lejos de una nación en la que se tiene partidario y de los cuales se habla a todas horas a la mujer que ha entregado mano y fortuna esperando sacar del negocio una corona de reina, se siente la necesidad de tener noticias de allá que no sean las frías y concisas de los periódicos, se desea recibir todos los días la visita de un fiel cuyo fatigoso entusiasmo avive la fe de los que languidecen en el aislamiento de una ciudad liberal é indiferente.

Por esto D. Carlos, al notar mi exclamación, ó más bien dicho mi interjección española de sorpresa, seguida de miradas, debió tomarme por uno de sus vasallos, por algunos de los que hacen el viaje con la esperanza de admirar al Señor, y pasó junto a mí sonriendo benevolente.

A pocos pasos detuvieron ante un escaparate. No miraban nada. Hablaban en voz baja y por ciertos movimientos de él adivinaba lo que decía.

—Ahí detrás hay un español. ¡Pobrecillo! Debe ser uno de los nuestros que habrá hecho el viaje sólo por vernos.

Y los dos volvíronse lentamente para ver al vasallo que estaba a pocos pasos. Ella sonreía maternalmente, como animándose con asistida bondad a que me aproximase. Hermoso momento para haber reproducido una escena de la *Edad Media*, erudiéndose a una pie, *¡cómo un gran honor al que se agracia majestad se dice habitarle de él.*

Pero no sé qué demonios vieron en mí, no sé si reí o hice alguna mueca, lo cierto es que repentinamente reclinaron su gravedad de reyes ceñidos alejándose como si nada hubiera pasado.

Después volví a encontrarlos. La plaza de San Marcos es el único paseo de Venecia, y aunque grande, se cruza uno en una tarde más de cincuenta veces con las mismas personas. Perdí de cuenta los encuentros con el regio matrimonio, el cual parecía multiplicarse como si tuviera don de ubicuidad: unas veces paseando en el Lido, otras en góndola en el Gran Canal, y hasta una noche en las mesas del café Florian. Acabé por saberme los nombres de memoria.

Y siempre al verle a él, asaltaba mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba a los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles con las trompetas siempre resonando en las calles y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñidos, con lenguas barbas y mirada fosa, siempre en busca de un enemigo que sólo se mostraba cuando era cien contra uno; las sangrientas luchas de habilidad reproduciéndose en Cataluña y el Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el padre fingido reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender a sus pies; el cura Santa Cruz resucitando la guerra de hordas, luchando a impulsos de la barbarie hereditaria como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con buña cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados a huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del *regulú* celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos viendo horroresizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres a los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeños que se agarran a sus piernas; viejos sacerdotes, odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello, de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos hasta que caen al fin acorralados a tiros y bayonetados; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbadas entre llamas; los trenes rotos y desvalijados mientras los viajeros se alajan, a pie, formando un rosario de prisioneros, entre culastros y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chapas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descarrajados, y las casas desplomadas para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo este cúmulo de crímenes... fueron por este hombre que pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles ó de desalmados, su única obligación en la tierra es de sangrar y deshonrar a un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca a ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia a través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muy fáciles de olvidar. Entonces comprendí que hay tipos ó puñaladas que pueden resultar santos si libran a toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de un solo hombre.

Por desgracia en el mundo el mal refloja siempre. Entre gentes que aspiran a un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición de aquél para ver satisadas sus ambiciones; y el peligro no está en el Pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante a la de Atila, y sueña en resucitar lo más desbournoso y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de un régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de las personalidades que lo representan; pero el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar a un individuo, al que cree despojado; y yo, mirando a D. Carlos, me preguntaba: ¿Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representante de la tradición nacional, a pesar de haberse educado en todas partes menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano a los que, a pesar de hablarlo tan mal como ella.

Nada hay en D. Carlos que revele al hombre intelectual. Tiene buena presencia; es brutalmente gnapote como un antiguo granadero; su gallardía es la de un elemental poderoso que no pierde golpe. Su rostro moreno y barbudo tiene el perfil arrogante del pueblo donde nació y a cuya raza tal vez pertenece. Trae a la memoria esos húngaros bizarros que acampan a las puertas de nuestras ciudades en busca de calderos que recordar; pero cuando se quita el sombrero, la frente estrecha y deprimida y la cabeza exageradamente pequeña, revelan al hombre de materiales apetitos, en el cual el irresistible impulso hacia el placer no ha dejado lugar a otras aspiraciones.

El hecho de haber nacido nieto del titulado Carlos V, le ha proporcionado el cómodo oficio de Pretendiente; pero la naturaleza le creó gnapote, voraz y sin seso, para ser *croupier* en Monte Carlo ó *moussier* *Alphonse* de los que viven mantenidos por cualquier *cocotte* parisiense.

En Italia la indiferencia ó el desprecio le rodean. Se fué de Milán porque los periódicos de esta ciudad, que están a la altura de los primeros del mundo, le dijeron tremendas verdades cuando el ruidoso pleito del Toisón de Oro y a raíz de la muerte de doña Margarita a la que hicieron justicia como resignada víctima de la infidelidad conyugal. En Roma le es imposible vivir, porque el Papa no lo quiere cerca, temeroso de que supongan le apoye el Vaticano; y por esto tiene que aburrirse en Venecia, la ciudad de tradiciones republicanas, que rinde fervoroso culto al revolucionario Mazzini, y cansada de burlarse de D. Carlos, al que llama *re di mazzardo di carte*, ó sea rey de baraja, ha acabado por de mazzardo de él.

El más absoluto vacío reina en torno de su persona. Yo le he visto pasar toda una tarde por la Riva de los Esclavos, donde estaba lo mejorcito de Venecia, y sólo le saludaban los gondoleros, los mismos que por media lira de propina se quitan el sombrero media docena de veces y llaman a cualquier *eccezzella* ó *egregio padrone* tanto tontos.

Los gondoleros! Estos son los únicos admiradores y partidarios de D. Carlos tiene en Venecia. Recuerdo lo que uno de ellos me decía una noche de luna, encorbado sobre el largo remo con que iba batiendo las sombrías aguas que corren bajo el puente de la Paja, al internarnos en las tortuosas callejuelas:

—¡Conque el señor es español! Yo conozco mucho al rey del señor.

Y a esta introducción siguió un largo silencio, hasta que, animado por repentina confianza, «ya que el señor era español», consideró oportuno hacer el elogio de mi rey.

«Un completo caballero. Es sabio vivir. Y como decirse... *Madonna!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar...»

Y así, con estas palabras, se terminó el relato del gondolero, que me dejó en la calle, con el fondo fangoso de los canales; y yo notaba en todo el relato de aquel alcahuete cierto fondo de ironía, como si por mi nacionalidad me creyera de una raza inferior.

Sentíame bellaco en aquel instante por ser español. Aquel bellaco que conocía bien a mi rey, comprendía y tal vez pensaba que mi país debiera ser muy bruto, cuando se rompían la cabeza por un hombre que mil veces había comulgado desde las casas peores de Venecia al palacio de Loreán.

El palacio de Loreán... ¡Qué ilusiones despertaban estas palabras en la imaginación de los fieles carlistas! El rústico de las imaginaciones, el *payés* de las montañas catalanas, el cura de Maestrazgo, se imaginaban un palacio portentoso, un alcázar de las *Mil y una noches*, un santuario donde residía el ídolo de la legitimidad y de la tradición.

Y la realidad no puede ser más triste. El tal edificio es una casaca pintada de amarillo, con grietas rodeadas, tres ventanas por piso en la fachada que da al Gran Canal, y sin otro adorno artístico que dos pilotes hundidos en el agua, pintados con los colores de nuestra bandera y rematados con una corona dorada, que sirven para amarrar las góndolas de los visitantes. Si le llaman palacio es porque en esta ciudad todos los edificios antiguos tienen tal título, aun los que sirven de casas de vecindad.

Los españoles residentes en Venecia conocen bien el interior de Loreán, y de sus relatos se desprende que la casa es siempre fiel reflejo del hombre.

Ese D. Carlos, al que los fieles ensalzan como hombre ilustradísimo porque ha corrido mundo, sin considerar que también las malas artes, reside muchos años en Italia, patria de las artes, ha heredado herencia tras herencia un sin número de millones, y sin embargo ningún artista famoso ha visto adquirida por él ninguna de sus obras.

Para echarla de Mecenaz y aficionado a las artes, le basta con mantener como un lacayo a un infeliz pintamano navarro, que embadurna retratos del Señor para que éste los regale a los casinos del partido, y cuando se siente inspirado plagia las batallas napoleónicas de Messonier, pintando cuadros que representan a D. Carlos a caballo, soberbio como Bonaparte y desfilando ante los confusos y aterrorizados los prisioneros liberales. Por algo se inventó el refrán *«pintar como quier»*.

Mas no por esto carece Loreán de museo. Pero es con arreglo a los gustos de su dueño. En lujosas vitrinas están los trabajos de los cabecillas, muestras de los capotes y boinas que gastaban los batallones navarros, sabios oxidados por la sangre, lámparas formadas con manojos de bayonetas, recuerdos de muerte y de violencia que evocan un pasado tristísimo; un museo, en fin, digno de aquellos señores feudales que vivían de la rapia, aislados en su alto castillo, a donde sólo llegaban los cuervos, ó que hubiera hecho furor en la hermosa cabana de algún bárbaro de las selvas célticas.

Y justamente esto es lo que D. Carlos se apresura a enseñar a cuantos personajes le visitan en su aburrido destierro, y con mal disimulada complacencia explica la historia de cada arma, los liberales que acuchilló este sable, los soldados que mató aquí trabuco.

Recuerdo una noche en que hablando de D. Carlos paseaba por frente al palacio de los Dogas con un ilustre artista español que hace muchos años reside en París, donde ha alcanzado triunfos gloriosísimos.

—Yo no tengo ideas políticas—me decía—En París visitaba a Ruiz Zorrilla, porque era un español ilustre, y cuando voy a Madrid trato a Cánovas y Sagasta. Pero en el extranjero me domina el patriotismo, y aunque todos los años resido una temporada en Venecia, me he negado siempre a ir a Loreán, a pesar de las invitaciones y de que D. Carlos manifiesta deseos de conocerme. No; jamás entraré en una casa donde un hombre que quiere ser amo de España, enseña a los extranjeros como museo de preciosidades unas armas que sólo han servido para asesinar soldados españoles.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

La colegiación forzosa de los médicos

Respondiendo a la galante invitación de *Vida Nueva*, para exponer en sus columnas, opiniones sobre el epígrafe de estas cartillas, se atreve a emitir la suya, el modesto titular que infra-firma. Disculpen el laconismo y la veracidad, la carencia de dotes oratorias, sin perjuicio de la claridad que el asunto exige.

Si el apoyo oficial, ó en su defecto la unión profesional no fueren un mito; si la decidida protección del proto medicado, y su justa intervención en la provisión de cargos facultativos, fuesen una verdad moral y científica; si existiese un escalafón en el que se ingresase y ascendiera por verdaderas aptitud y méritos holgaría la *colegiación*, y su establecimiento lastimaría la dignidad médica.

Implantar la *colegiación*, a semejanza de otras instituciones sociales, para escamotearla con una falsa práctica de sus bases, resultaría contraproducente y no viable.

Permanecer indiferentes a la situación en que nos vemos colocados, sin prestigio moral y siendo juguetes serviles del grande y del pequeño caciquismo, es absurdo. Pero se tolera sin protesta, confiando en que espontáneamente nos den hecha la regeneración por todos, anhelada y, hasta la fecha, por ninguno conseguida.

¿*Quid faciamus?* Establecer dicha Colegiación si ha de entrañar las siguientes condiciones:

1.ª Vida independiente en sus funciones profesionales y morales.

2.ª Actividad eficaz en el orden de ingreso y ascenso de la carrera, atendiendo al mérito personal, sin doblegar a indignas y decaradas ingerencias que atenten a la dignidad técnica y social de la profesión.

3.ª Fomentar el estímulo de la práctica médica, con premios y dotaciones religiosamente satisfechas, debidamente aseguradas, puntualmente desempeñadas y con justas responsabilidades.

4.ª Crear pensiones, jubilaciones y derechos pasivos, por medio de Monte píos ó otros similares, y

5.ª Adquirir y conservar el prestigio de clase, oponiendo eficazmente al intruismo.

Persuadiéndonos de que toda aspiración—colegial ó no—que se aparte de la pauta precedente, será más ó menos halagadora pero no práctica.

La experiencia nos debe haber enseñado que para seguir a la altura en que nos encontramos, no se necesita más que continuar cruzados de brazos; lamentar constantemente nuestras culpas, y confiar en que se remedián antes del día del juicio final.

PAULINO ROMO.

Médico titular.

Villa de Campos (provincia de Murcia).—Junio del 1898.

Tamayo y Vico

Antonio Vico ha tomado el teatro de la Zarzuela para la temporada de verano. La inauguración será el próximo día 29. Al siguiente, celebrará una solemnidad, representando *Un drama nuevo de don Joaquín Esteban*. En funciones posteriores hará *La bola de nieve*, *Angela* y otras obras del gran dramático que acaba de morir. Ya está avisada toda esa parte de la juventud literaria que no conoce el repertorio de Tamayo.

La presidencia del Ateneo

La lucha electoral no ofreció el interés que se esperaba, pues una serie de galanterías dió al señor Echegaray facilísimo triunfo.

El Sr. Silvea, sabedor de que algunos señores socios presentaban la candidatura del marqués de la Vega de Armijo, rogó al Sr. Lastres hiciese pública su resolución de no ser candidato.

El marqués de la Vega de Armijo rogó igualmente a sus amigos que desistieran de trabajar su candidatura, al saber que se hacían también trabajos por la del Sr. Echegaray.

Es completamente inexacto que, según afirma un *ateneísta*, en *El Liberal*, los amigos del marqués hicieron de su nombre respetable bandera de pelea, a despecho de la voluntad del ilustre presidente del Congreso. La candidatura de éste fué retirada por sus amigos, de acuerdo con el interesado, dos días antes de la elección.

Gracias

Gracias, mil gracias al notable escritor Roberto de Castrovido por la Crónica que nos dedica en *El Pueblo de Valencia*. Gracias al literato aragonés Darío Pérez por el artículo profundo y caritativo con que nos obsequia en *El Herald de Aragón* y del cual copiamos estos párrafos, expresión del sentir de muchísimas personas independientes.

«Desdobló los ejemplares, los rápidamente el número segundo de VIDA NUEVA, y como buen pagador, me dispungo a acusar recibo del gratísimo recuerdo que me llega.

Yo no sé cómo decirlo mejor que diciéndolo sencillamente: ¡Me ha gustado mucho VIDA NUEVA!

Y diciéndolo sencillamente me atengo a los cánones observados por maestros como usted y sus compañeros y señalados por el gusto moderno que repugna atribuciones y empalagosidades desacreditadas.

El periodismo, como todo, ha experimentado honda transformación. Un tiempo fué cátedra y tribuna con púlpito siempre colgante; hoy lo colgante es el periódico entero;—colgante de los hilos telegráficos. Compárese *La Iberia* del 54 con su Calvo Asencio doctrinal, reposado, evangelizador, y *El Liberal* del 98 con su Moya elegante, exquisito, maestro en todo desde en la educación que exhibe hasta en el saber que oculta, y con su *Fernánfor*, doctor en la *causante* amena y cronista que parece, por lo espiritual y sutil formado de retazos de madrigal... Compárese *La Democracia* y *La Discusión* enfrascados en el debate doctrinal del individualismo y socialismo, iluminado por los resplandores de Castelar y Pi, y *El Imparcial*, gastando más que gana con sus 130 mil ejemplares, y el *Heraldo* orgulloso con las filigranas y calados y maravillas de los estilos de Figueroa y Burell, y con *El Nacional* que si recuerda otros tiempos por su tenacidad en el combate y su acometividad llena de desgarrar, acredita su buena cepa modernista en el derroche de ingenio y de sal ática...

Lo que ocurre es que con el cambio se han hecho ligeros, agradables, coquetones y acariciadores. Se van al público y lo encantan, lo acarician, lo miman y lo rinden. El público se entrega y la prensa queda oprimada en su misma victoria. Es que la victoria la emborracha como a ciertos hombres vacuos con vista a dictadores.

Gracias enfín a cuantos periódicos de provincia y de Madrid nos han favorecido con elogios que no merecemos.

Del Director de «La Reforma».

Sr Director de VIDA NUEVA:

Mi distinguido amigo: Mis ocupaciones profesionales no me permiten dedicar todo el tiempo que requiere la dirección de la revista que fundé

con el título de *La Reforma*, y que como usted sabe ha merecido una acogida que jamás agradeceré bastante.

Además de esta razón hay otra de no menos importancia, y es la de que la época que desgraciadamente atravesamos no es a propósito para la propaganda que le ofrezca al poner en ejecución mi pensamiento, más propio de desarrollo en momentos de calma y tranquilidad que en los actuales.

Por estas causas he decidido suspender la publicación; pero queriendo corresponder a la bondad de mis abonados, no quiero hacerlo sin rogar á usted que su ilustrado periódico VIDA NUEVA se encargue, si en ello no tiene inconveniente, de servir la suscripción de *La Reforma*, con lo cual quedarán prodigamente compensados sus suscriptores, toda vez que recibirán un número más al mes y un periódico mil veces mejor y más interesante que el que yo dirigía.

Le anticipo gracias su atento s. s. q. s. m. b., Francisco Prieto Mera.

La empresa de VIDA NUEVA no tiene inconveniente en atender la indicación del Sr. Prieto Mera, y empieza desde este número a servir las suscripciones de *La Reforma* interin no reciba aviso en contrario de los que no estén conformes con la sustitución.

Los anuncios que tenía contratados la expresada Revista, los publicaremos en las mismas condiciones desde el número próximo, si no recibiéramos aviso en contrario.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

París.—Y. Lauglade.—Servicio estable. Condiciones par lettre. *Gratuito*.—J. Causino.—Servicio pedido. *Gratuito*.—Remitido ejemplares. Atégase a las condiciones generales.

Barcelona.—Z. Vila.—Aumentado servicio. *Gratuito*.—R. Ribes.—Para la exclusiva atégase a las condiciones generales que se remiten en circular impresa.

Zaragoza.—A. P. de Alfonso.—La contestación anterior puede servir de norma.

Santiago.—I. R. P.—Queda suscripto. *Gratuito*.—R. Ríos.—Recibida letra y remitido pedido que se anota en cuenta. Conformes en lo que desea.

Cuenca.—P. Pérez.—Enviados 10 ejemplares más que se anota en su cuenta. Para la exclusiva atégase a lo prevenido en la circular impresa.

Alcalá.—Francisco López.—Servido aumento de 51 ejemplares que pide.

Bilbao.—J. Irala.—Sirvase concretar pedido. *Gratuito*.—J. Gómez.—Servido el pedido. *Gratuito*.—A. P.—Queda suscripto.

Vizcaya.—J. Ballela.—Servido pedido. Atégase a la circular. *Gratuito*.—J. Fernández.—Idem.

Barcelona.—P. Pérez.—Servido pedido. *Gratuito*.—Pérez Carrascosa.—Queda completado y muchas gracias.

en el deber de tomar la iniciativa, he decidido renunciar a favor del Tesoro público las 30.000 pesetas anuales que como ministro de la Corona tengo derecho a percibir. (Grandes aplausos. Algunos diputados gritan: ¡Viva España! ¡Viva Sagasta!)

«No, no me aplaudís sin concluir de oírme—sigue diciendo el Sr. Sagasta.—He prometido ser sincero y voy a serlo. No merezco aplausos ni decisión. Mis rentas, sin ser grandes ni mucho menos, como toda España sabe, son suficientes para cubrir las atenciones que mi posición me impone. Además, todos sabéis que una compañía de ferrocarriles me paga 30.000 pesetas anuales por ser presidente de su Consejo de administración. Pero si no quiero aplausos para mí, los exijo de vosotros para los nobles rasgos de desprendimiento de que voy a daros cuenta. Todos los ministros, que cuando no lo son viven lo mismo que cuando concurren a los Conserjos de la Corona, han hecho renuncia de sus sueldos en favor del Tesoro. El gobierno, por lo tanto, contribuye con 270.000 pesetas a aliviar las cargas extraordinarias que sobre el Tesoro español pesan por causa de la guerra que no hemos sabido evitar. (Grandes aplausos y vivas entusiastas.)

«Los hombres de mi partido—continúa diciendo el Sr. Sagasta.—han secundado este movimiento generoso. Ahí los tenéis: el noble marqués de la Vega de Armijo, que os preside, dueño de grandes posesiones en sus distritos de Córdoba y señor del castillo de Mos; el señor Montero Ríos, propietario del Lourizan, que ha hecho grandes caudales en su bufete; los señores Gamazo, Maura y Canalejas que tienen fama de ricos, viven en espléndidas fincas de su propiedad, tienen negocios diversos y ganan en el ejercicio de su profesión más que un ministro de la Corona; el Sr. Eguillor, conocido capitalista; todos los exministros liberales, en una palabra, renuncian en favor del Tesoro las 7.500 pesetas que anualmente cobran en concepto de derechos pasivos. (Grandes aplausos.)

«Y qué diré de los conservadores? Ahí tenéis al noble y venerable marqués del Pazo de la Merced. Verdaderamente es una de las más grandes de España, que tiene a centenares las acciones del Banco, de la Tabacalera, de ferrocarriles, de la Deuda pública; pero el marqués del Pazo de la Merced conoce los deberes que el patriotismo impone, y desde hoy renuncia las 7.500 pesetas de su cesantía. Y ahí tenéis al señor Castellano, dueño de campos y montes y casas en todo Aragón, de fábricas de harina y de papel, y de un establecimiento bancario que tiene acaparados en Zaragoza todos los monopolios y todas las comisiones. También cede sus 30.000 reales. Y como él todos los demás exministros, Silveira, Villaverde, Pidal, el duque de Tetuán, Linares Rivas, Bosch, Romero Robledo, Trujada Valdesoro, Irujo, Concha Castañeda, todos en fin, todos ricos, que no han necesitado ser ministros para tener coche y numerosos criados y vivir bien, todos renuncian su cesantía. Y sólo por esto, el presupuesto actual recibe un beneficio de 450.000 pesetas. (Aplausos.)

«Los príncipes de nuestra milicia—sigue diciendo el Sr. Sagasta—que son más de los que debían y que todos ellos cobran cruces pensionadas y tienen presencias de academias o compañías industriales, renuncian sus sueldos en favor de este presupuesto, cuyos ingresos van a dar el contribuyente con las últimas gotas de su sangre. Los capitanes generales conde de Cheste, Martínez Campos, López Domínguez y Primo de Rivera hacen el sacrificio de no cobrar la 120.000 pesetas con que la nación les paga desde hace muchos años los entorchados que llevan en sus gloriosas bocamangas. (Grandes aplausos.—Varias voces: ¡Vivan los capitanes generales!—Una voz en la tribuna pública: ¡No! ¡Viva el Ejército!—El presidente agita la campanilla, imponiendo orden.)

«Ah, señores diputados!—exclama Sagasta en el paroxismo del entusiasmo.—¿y qué os diré del sacrificio que la Iglesia hace en aras de la patria? Yo me asombro y exultación de ayer, siento revivir en mi corazón la fe de mis mayores. ¿Acaso no es el sacrificio de la

duce una economía de 2.700 millones de pesetas. (Grandes aplausos.)

El Sr. Sagasta: ¡Callad, callad! ¡Si esto no es nada todavía! (Entusiasmo delirante. Los ministros carlistas y republicanos se retiran avergonzados del salón.) Aquí ha traído el ministro de Hacienda dos presupuestos, uno el de la paz, el ordinario, del que todos comemos y gozamos; otro, el extraordinario, el de la guerra, presupuesto incierto, enorme, que no sabemos donde acabará. Pero se me ha hecho notar que esto es una farsa, porque no puede haber dos presupuestos donde hay un solo contribuyente, a menos que, siguiendo la opinión de algunos tratadistas, le consideremos partido por la mitad. Por eso, sin esta obra de justicia que he emprendido esta tarde, corramos el peligro de que el contribuyente se nos quedara entre las manos.

«Pues qué, es posible que por la sencilla razón de que hay guerra, pidamos más sacrificios a aquel que viene haciendo todos los sacrificios, y nada a quien en ese tiempo mismo no ha hecho otra cosa que cobrar? Tal es la situación de los tenedores de la Deuda pública. En los últimos 25 años ha habido muchos de sequía en que la resquebrajada tierra se ha negado a producir; regiones enteras fueron más de una vez asoladas por la florera o la inundación, y el pobre labrador pagaba o entregaba su misera heredad a las garras del fisco. Entretanto, lloviera mucho o nada, temblaran los montes y los llanos o se estuvieran quietos y reposados, enviase Dios el oídium, o el mildew o la glosopeda, el acreedor del Estado cobraba su cupón, no sólo sin regateos, sino con la enorme prima de los cambios.

Por eso hay dos presupuestos; porque en uno hay que garantizar al que prestó al Estado, que seguirá chupando la ubérrima uña que ha mamado tantos años, sin ver que está la vaca extenuada y agónica, que cobrará su cupón y se le mantendrá el precio de su papel, aunque en el otro presupuesto haya que poner como remate cualquiera de las desacreditadas frases: *Consumatum est, ó Finis Hispania, ó Dios sobre todo, ó ¡Sálvese el que pueda!*

Pero no, señores diputados; el patriotismo de los españoles no es de oropel, y después del día de hoy nadie podrá decir, refiriéndose a los discursos patrióticos que aquí han resonado, que son estas las Cortes de Tarascón. Los tenedores de papel se han acercado a decirme: «Si, queremos que el papel se nos pague, que el papel español no se desprecie; pero comprendemos a la vez que es justo que, como el agricultor, y el industrial, y el tendero, y el médico, y el abogado, contribuyamos a las cargas de la nación... Queremos pagar, señor Sagasta, me han dicho. Y como me viesen un punto perplejo, agregaron: «Si, queremos pagar, por lo menos, tanto como la agricultura.»

(Entusiasmo, delirante aplausos. Se oyen voces, ya romanas: ¡Vivan los acreedores! ¡Vivan los ingleses!)

El Sr. Sagasta, trémulo, emocionadísimo, pide al presidente le conceda diez minutos de descanso. Los diputados, casi todos llorando de emoción, rodean el banco azul. Es imposible describir el espectáculo. Al fin se restablece la calma.

El señor presidente: Señores diputados: un secretario va a leer detalladamente las economías e impuestos voluntarios que se hacen en los presupuestos de 1898 99.

Sube un secretario a la tribuna y lee el siguiente estado:

	Pesetas.
Ceden los ministros.....	270.000
Id. exministros.....	450.000
Id. capitanes generales.....	120.000
Id. consejeros y académicos.....	500.000
Id. subsecretarios.....	75.000
Id. directores generales.....	162.000
Id. gobernadores civiles.....	480.000
Id. cardenales, obispos, etc.....	42.076.217,56
Id. tenedores de la Deuda.....	125.000.000
Supresión de comisiones, etc.....	2.700.000

(Al conocer la suma total un inmenso clamoreo estalla en el Congreso. Por todas partes se oyen los mismos gritos: ¡Cien setenta y dos millones! ¡Hemos podido comprar todos los años once ó doce grandes acorazados!)

El Sr. Sagasta, con voz apagada por la emoción, se levanta de nuevo y exclama: «Señores diputados: Ahora podéis votar toda clase de impuesto y tributos, sin temor a que la conciencia os acuse. Ahora el pueblo pagará cuanto le pidamos y se compenetrará con nosotros en la defensa de la honra nacional en peligro, no por sobre de pecados ni falta de oraciones, sino porque no hemos comprado a tiempo muchos buques de guerra y muchos cañones. He dicho.

El entusiasmo raya en el delirio. El vocerío ensordece el espacio. Los vivas se multiplican. ¡Viva España, viva el clero, vivan los ministros y los exministros, viva Sagasta, viva la Deuda pública y vivan los privados! A Sagasta le cogen cuatro diputados caneros y le sacan en andas del salón de sesiones. Vaya Armijo se demagoga, los ujieres corren, el Mayor da voces, suenan los timbres, nadie se entiende y todos están locos de contento.

Entonces desperté. Me había quedado dormido en mi asiento de la tribuna de la prensa y soñé todo eso que queda relatado.

¡Qué hermoso sueño y qué triste realidad! ¡Oh, la patria!

CORREO DE ORIENTE

Carta que escribe a Victoria, Juan Soldado. Está fechada en «Camino de la Gloria», y escrita en hoja arrancada de una viejísima Historia.

Dice así este documento: «A ti, Victoria, que fuiste mi ilusión y mi contento, hoy te escribo en la hora triste del pesar y el desaliento.

Vine aquí para luchar; la ley me obligó a dejar lo que al mundo me ligaba mientras, con oro, compraba el rico su bienestar.

Permanecí un año entero por la patria peleando y, desde humilde pechero, he ascendido a Caballero de la cruz de San Fernando.

He oído hablar de doblones, de pactos y de traiciones que mezcaban héroes y canallas... Yo busqué mis emociones en el campo de batalla.

Y embriagado, delirante, creí estrecharte, Victoria, sobre el seno palpitante y tu nombre, ni un instante, se apartó de mi memoria.

Después vino el cataclismo, la abrumadora avalancha que, arrollando al heroísmo, viene a hacer del pesimismo, dique para la revancha.

Y ahora, en el cerco mortal que un enemigo implacable pone al honor nacional, lo que se hace insostenible es la muerte con dogal.

Si Patria y Deber a coro, me exigen que luche y muera por sostener al decoro de ese grón grana y oro que se llama la Bandera.

Si de rodillas juré un pacto en solemnidad, lo cumplí por mí fe... En este instante, ¿por qué? lo rompe la patria mía?

Voy a morir y a matar; pues sólo quiero pensar que, vertiendo sangre a escote, ¡el que mata, es sacerdote; donde se muere, es altar!

Guarda de la hispana historia este trozo dedicado y único, donde a la gloria, no van juntos, la Victoria y el heroísmo

JUAN SOLDADO.

Por la copia,

MISTERIOSA.

The voice of young Spain

Lo dejamos en inglés, no para mayor claridad, como decía D. Hermógenes, sino en obsequio de aquellos de nuestros lectores jóvenes que se dedican a la versión inglesa y quieren, al ejercitarse un poco en ella, saber cómo resena ya y se aprecia por esos mundos la voz y el programa de Vida Nueva.

He aquí el telegrama que en su edición parisiense publicaba *The New-York Herald* del día 15 del actual:

«MADRID, Tuesday.—That three of the papers here, the *Pais* and *Nacional*, both Jingo, and the *Vida Nueva*, in its first number, take as a text and the feature of the day the question of peace, is significant as showing that public sentiment is being rapidly moulded to accept the inevitable.

The *Pais* is a rabid Republican paper which has been all along violently Jingo. The *Vida Nueva* is a new paper, born upon the present condition of affairs. Its programme is to renovate Spain. It is the voice of young Spain. At the end of an impassioned patriotic article it says: «Peace is what our country needs to-day. All men of character and strength should support it, thus putting an end to the terrible, suffering of this unfortunate country.»

¿Qué tono se darían traduciendo ese bonito reclamo yanqui algunos de nuestros más furibundos periódicos jingos?

Nosotros, hermanando a nuestro modo el patriotismo con la modestia (dicho sea sin alabarnos) renunciábamos a tal versión, para que no se diga por ahí que nos damos lustre con bombos de tal procedencia.

El «Maguinó» Paterno

(MÚSICA FILIPINA)

Ahora que, merced a su intervención en el tristemente famoso pacto de Biac-na-bató ha alcanzado Paterno la notoriedad soñada y apetecida por él en todos los actos de su vida pública, no estará fuera de lugar el recuerdo de algunos detalles relacionados con su paso por Madrid, hace catorce ó dieciséis años.

Si es esto que quiere decir que la notoriedad haya sido el único móvil generoso de su conducta: no entorpecer el patriotismo mediador del hombre bueno de Aguinaldo, para el percibo del corroteje ó comisión que buenamente le correspondiera en el negocio.

Prueba de su desinteresada mediación son las cartas leídas últimamente en el Congreso.

El Excelentísimo Señor Don Pedro Alejandro Paterno, como figura en los documentos recientemente publicados, alcanza a los cándidos tagalos con la *Excelexencia* de la Gran cruz que le otorgara alguno de nuestros gobernantes no menos cándido y no menos tagalo, no sabemos por qué mérito; antes había intentado Paterno (Pedro, Alejandro, Agustín, Molo, etc., é Ignacio), alucinar a la sociedad madrileña y al «público en general» con el pomposo título de *maguinó*, príncipe entre los tagalos, que estampó en sus tarjetas.

Con este título congregó Paterno en su morada, primero en la calle del Saúco, después en la del Barquillo, lo más selecto de la prensa, la política, la aristocracia y las letras, en la época de referencia.

Sirvióle de incentivo para hacer desfilar por sus salones tan escogida sociedad, un cargamento de chucherías, primores y curiosidades tagalas que en uno de sus viajes se trajo el *maguinó*, y con los que formó un raro museo que era la admiración real ó fingida de los visitantes.

Re decir, que el bueno del filipino conquistó su público por los mismos procedimientos que usaron Colón y otros descubridores: con baratijas.

Antes de apelar al recurso del *bazar*, se presentó a nosotros el *maguinó* Paterno como poeta y literato publicando un tomo de poesías cortas y, becerrietas, pero sin Boquer, con el odorífero título de *Sampaguitas*; una novela insulsa de costumbres (malas costumbres), filipinas, *Ninay*; y la *Historia de la antigua civilización tagala*, en la que al decir de los eruditos en esta clase de trabajos, era escaso y poco lucido lo aportado por el filipino a otros trabajos de igual índole.

Y no se le dejó de jalarle la prensa: Paterno no la sabía mover perfectamente, y a su táctica especial para que se veía por hombres políticos de todos los partidos, debe Luna Novicio, su grande amigo y paisano, el premio de honor concedido al *Sporium*, prescindiendo de su mérito artístico, si le tiene.

Gutiérrez Abascal, Miguel Moya y Rodríguez Correa, eran, entre otros, asiduos concurrentes a los *Catapusan* de Paterno; que así llamaba el *maguinó* a sus reuniones; y así daba cuenta de ellas, por seguirle la corriente, *El Liberal*, ora en serio, ora tomándole al filipino el enmarañado pelo.

Los éxitos que alcanzó Paterno en Madrid con sus *catapusan* y exhibición de *chimes* tagalos, fueron mayores que los obtenidos por sus trabajos literarios.

Las *Sampaguitas*, con un prólogo de Balaciart, sólo sirvieron para que Jackson Veyán se enterara de la existencia de la típica flor, y nos hablara de ella en su zarzuela *Un punto filipino*.

De la novela *Ninay* y de la *Historia de la civilización tagala*, aun quedarán muchos ejemplares en los sótanos de Fé.

Esta *Historia* se encaminaba a demostrar que

Hable el país

La mitad de este número lo ha escrito el público. Los redactores del periódico hemos reunido nuestros trabajos ó los hemos reservado para otro número por dar cabida a lo que piensan y sienten nuestros lectores.

Tenemos además en cartera trabajos muy notables de personas hasta hoy desconocidas, que nosotros daremos a conocer; que piensan como nosotros y nos han remitido artículos y estudios llenos de nobles propósitos, de ideas humanitarias, de planes de reformas, y exentos de personalidades, de todo lo que se resume en estas dos palabras: Vida Nueva.

Consulta pública

Sr. Director de la Nueva Vida:

Muy señor mío y de mi mayor consideración: He leído el periódico semanal de usted la *Vida Nueva*; pues eso mismo he dicho yo hace dos años que estoy cantando todos los días, que si no vienen a sustituir los industriales y comerciantes, para diputados, senadores y Gobierno a los obispos, arzobispos, duques, marqueses, condes y barones, no habrá economías verdaderas, y no habiendo éstas, es imposible el progreso sin los tratados baratos con las naciones extranjeras. Si los industriales y comerciantes de todas las provincias se entendieran para realizarlos; lo que está dicho, no tendrían que estar todos los días diciendo, mal por los Gobiernos en tantísimo años; no, los tres partidos industriales y comerciantes, no quieren política, quieren economías y progreso, y esto mismo me ha inspirado el Padre Eterno Dios al pedirle con todo fervor el camino verdadero que tiene para remediar tantos males en tantos años; así es que todos los periodistas de bien criterio, una vez que está descubierto el remedio para progresar, no tienen ustedes que lamentar más en donde están ó quines son los hombres verdaderos para gobernar; no, los periodistas ya saben ahora a qué atenerse para publicar y animar a todos los industriales y particulares para las elecciones, que sería un triunfo seguro.

El periódico que ha mandado usted al Sr. D. Manuel Azpíri, estoy yo en su casa, pero el diputado provincial se llama D. José María Azpíri, hermano de D. Manuel. En Madrid debía constituirse una Junta de industriales y comerciantes para que se entendieran con todos los de las provincias cuando llega a establecer, y como usted es el primero que publicaría la noticia nueva en caso de parecerle que está bien, le deseo que nos mande gratis una para D. Manuel y el otro para su hermano D. José María; así es, que mostraremos a todos los que quieren leer el periódico la *Nueva Vida* y se lo agradeceré el favor.

Vivan los industriales y comerciantes. Soy afectísimo seguro servidor, casa de D. Manuel Azpíri, *Eusebio Sasián*.—Eibar, Junio de 1898.

LUIGI.

A LOS OBREROS y a los hombres de buena voluntad

En *Vida Nueva* creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-

los, y el único medio de progreso es la aplicación de las ciencias naturales a la agricultura, a la industria y al comercio; no hay más remedio, ó se sigue ese camino, ó hay que resignarse a ser nación muerta.

Vida Nueva propone crear un cuerpo de enseñanza gratis para los obreros y sus hijos, en que puedan aprender las ventajas que tienen para su salud y prosperidad, ciertas nociones de fisiología e higiene, y darles a conocer la influencia que tienen los padres en el producto de la concepción; las mismas nociones aplicadas desde el niño recién nacido, hasta la vejez; fomentar el gusto por la vida del campo, señalar los peligros que tiene el alcohol, no sólo en el individuo, sino en los hijos, que los degenera, haciendo un idiota, un epiléptico ó un criminal; en una palabra, todo lo que se refiera al mejoramiento del individuo y de la raza.

Otra de las condiciones que necesita el obrero para mejorar, es la disminución de las horas de trabajo.

Al mismo tiempo que se les enseñe a ser hombres sanos y robustos, hay que enseñarles las ciencias naturales aplicadas a la agricultura y a la industria, pues otra de las cosas que se imponen en este país, es la creación de colonias agrícolas verdaderas como tales colonias. La preparación tendrá que comprender tres ó cuatro cursos por lo menos, en que gradualmente se iniciará al discípulo sin recargarlo, como sucede en el bachillerato oficial que reducen las ciencias naturales a un solo curso, lo cual es el colmo de la insensatez. Con una instrucción de esta índole, a los centros agrícolas y talleres, se le podrían recomendar jóvenes aptos a trabajar, y con una instrucción apropiada mejor que la de los actuales bachilleres en ciencias y artes. Otra ventaja inmensa sería disminuir los aspirantes a plazas del Estado, y desarrollar la iniciativa individual.

Para hacer esta institución libre, es por lo que se dirige *Vida Nueva* a los hombres de iniciativa y de buena voluntad. Las personas que se adhieran al proyecto, pueden hacerlo saber en la redacción de este periódico.

Los obreros y sus hijos que quieran matricularse gratis, pueden también hacerlo en la misma redacción.

Una vez conocidas las personas que se adhieran a nuestro proyecto y los matriculados, se fijarán los cursos, y se darán más pormenores.

ELLEIDE.

¡2.000 cuartos!

Según datos que nos comunica persona digna de veracidad, en el término de dos meses se han desahogado en Madrid próximamente unos ¡2.000! cuartos, cuyo alquiler ascendía a más de 3.000 pesetas.

A este paso la vida es un soplo. Ya no van quedando en España ricos ni semiricos. Pronto la única riqueza nacional será el sol.

Bernéjaz platero de las cumbres
A cuya luz se expulga la canalla.

¡Y si estuviera en manos del Gobierno empeñar la luz y robarnos el clima, há tiempo que no gozarían los españoles ni del sol, ni de la luz, ni del clima!

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación a su muerte, un ejercicio para llegar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original de salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos a morir, quiera Dios que curemos de la locura a que nos han traído los libros de caballería de nuestra historia, a pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como a ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándose los todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplorada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio e ignora felizmente lo que sucedió en Otmaba, en Lepanto ó en Pavía! ¡Continuar la historia de España!... Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se cierra sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe e hispano-colonial, tengamos un período español puro, «en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio», pide la acción ideal que «alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional». Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir a imponer a los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anti-cristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producción esencialmente burguesa, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra*, la justicia, y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, ¡sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidura los domingos, puede el hidalguito Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo a la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. «Dejad que los muertos entierren a sus muertos» digamos con Cristo, considerando a la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y aban-

alumbrao por un sol vivificador, pudiendo aumentar, en pocos años (en un cuarto de siglo) su población para contar mas de veinte millones de habitantes y conseguido esto, que es la base de todas las riquezas, aparecer un pueblo importante en el concurso europeo.

BONIFACIO RUIZ DE VELASCO.

Junio 19 de 1888.

¿Qué se prepara?

Va el general Weyler a Santander y allí le hacen una ovación, fiestas, sorenatas, manifestaciones populares.

Va el general Polavieja a Zaragoza, y los aragoneses, tan independientes, se prosternan ante el general, le aplauden y aclaman, le cantan coplas ensalzándole como a salvador del mundo.

Va el general Martínez Campos al palacio, y al día siguiente dicen los periódicos que pide ocho regimientos para la guarnición de Madrid.

Vuelve el general Primo de Rivera de Filipinas y se impone en el Senado, y le *defende el Gobierno*, y no parece sino que después de lo pasado sea el héroe del día...

¿Qué es esto?
¿Qué es lo que se prepara y se ensaya?
¿Y dónde está el pueblo? ¿Es que ya no hay pueblo? ¿Pasaremos de los yankees a los dictadores? ¿ES ESO?

A vuela-pluma

El jueves pasado fué día de confirmaciones. En Palacio, la de Alfonso XIII. En el Parlamento, la de las pésimas noticias de Santiago de Cuba.

Por cierto que *La Correspondencia de España*, al hacer la brillante y pomposa reseña de las ceremonias palaciegas, palatinas ó palacianas—¡a elegir!—que se celebraron el jueves, echa un jarro de agua sobre el entusiasmo del lector, terminando la descripción con estas líneas:

«Las noticias desagradables de Cuba han causado mucho efecto en la corte, impresionando principalmente a S. M. la reina.»

A estos finalitos en punta se les llamaba antes *le mot de la fin*.

El nombre ha pasado de moda; pero lo que es la cosa, convengamos en que todavía conserva una cierta y vaga actualidad...

La actualidad digo. ¿Eh?
Fíjese el lector crítico en que no he dicho «la oportunidad», y a fe que siento en el alma no poder reconocérsela a *La Correspondencia* en esta ocasión, como tampoco se la reconocería a un director de orquesta que al final de un baile pusiera en vez del galop el gori-gori, a pesar de aquello del *extrema gaudii luctus occupat*, sobre cuyo cálamazo tales y tan maravillosas flores de retórica bordaría el P. Cardona... si pudiese su alto cargo palaciano, palatino ó palatibero.

recho a reprehenderse por poner al principio de mi crónica un *mot de la fin*, así sea ajeno.

¿Qué quiere usted, si en estos tiempos todos los términos de todas las cosas se hallan caprichosamente invertidos?

El marqués de Cabriñana—vaya de ejemplo—nos presentaba el otro día en el Congreso el caso de un capitán de artillería en activo servicio, cobrando en Fomento un jornal de 6 pesetas como sobrestante de obras públicas.

Y es claro (con perdón de lo turbio); ya no me sorprendió que a las dos sesiones, se levantara el Sr. Romero Robledo a decirnos, sobre poco más ó menos, que Cervera viene a ser en Santiago de Cuba un sobrestante que está haciendo de almirante.

Pero a todo hay quien gane, y peor, mucho peor parado dejó al sobrestante, digo, al almirante, el propio ministro de Marina.

Naturalmente, fué sin querer y de un modo que sólo la malicia puede señalar.

Cuando el Sr. Auñón y Villalín, como le llama *Gedeón*, para responder a las censuras del Sr. Romero Robledo, se encabraba con los periodistas de la tribuna, poniéndoles de vuelta y media y obligándoles a dejar la plaza como un solo Nozalada, bien fácil le hubiera sido a cualquier otro periodista de los que quedaban abajo en los escaños de rejilla decir al enfurecido ministro, cuyos furros contra la prensa maldito si le aumentarán la talla en un solo milímetro:

—Bueno, señor Auñón; pero ese señor Cervera, firmante del telegrama que ha movido toda esta tremolina ¿es algún periodista por ventura?... No, señor Auñón; ni siquiera es, que se sepa, algún antiguo compañero de usted en *La Voz del Litoral* ó alguno de los que acá, en Madrid, le han encumbrado hasta alcanzar esa cartera.

¡Ah, queridísimos cofrades!... Así paga el diablo a quien bien le sirve.

Obrásteis, por lo demás, muy cuerdatamente, dejando a Su Excelencia a solas con sus rabietas; porque en tales asuntos, las carga el ya citado diablo, y ¡quién sabe! puesto el diablo susodicho a tirar de la manita, tal vez se hubiera acabado por descubrir que toda la culpa del inmenso desastre de Filipinas es de algún periódico como *La Moda Elegante* ó *La Lidia*.

Tal vez se hubiera sabido que en los ochocientos mil pesos entregados a Aguinaldo para preparar mejor la nueva insurrección elevó la cuarta Vna Nueva, el cual, por otra parte, aún no se había fundado a la sazón, ni siquiera para darse el gustazo, que hoy se da, de invitar al señor Romero Robledo a figurar en la lista de sus colaboradores.

En las materias político-militares que Don Paco trató en su discurso del jueves, soy tan lego como cualquier ministro de la Corona: con la diferencia de que yo no cobro nada al país por embutirme en una casaca que no me venga ancha ó estrecha. —No es, pues, en tal concepto en lo que se funda el presente conato de admiración.

Tampoco he de incurrir ahora en la candidez ó en el villipendio de meterme a jaleador de tal ó cual hombre político... Me fijo únicamente, al hacer aquella invitación, en que el señor Romero

Robledo, que pasaba por hallarse harto anticuado, acaba de demostrar que está de lleno en el movimiento moderno y en las vías de renovación.

La claridad, sólo la claridad, con que habló su merced el otro día, se acomoda muy lindamente al programa liso y llano de VIDA NUEVA, y eso es lo que me decide a decirle:

—¿Usted gusta?
—Con qué buen aire puso los puntos sobre algunas letras... No parecía que las ponía, sino que las clavaba.

Y a esto es cabalmente a lo que se tira por acá: a que se alabe nuestro martillo más que nuestra pluma.

Por supuesto, que donde está el marqués de Cabriñana...

Volvamos a él, que el caso lo merece.

No ya con martillo, sino con hierro candente, pone las tildes sobre las eses mi noble é incorregible amigo.

Las cosas que ha contado y los datos que ha expuesto últimamente en el Congreso, nos pondrían los pelos de punta, si no hubiéramos tenido la precaución de cortarnos el cabello al rape, hartos ya de mesárnoslo en señal de desesperación todas las mañanas, y en señal de *autotomadura* todas las tardes.

—Este, este marqués (medirán) si que sería un gran colaborador para VIDA NUEVA...

—Ya lo creo! Pero dado el género que cultiva, habría que empezar por quintuplicar el tamaño del periódico.

Por eso, y aun renunciando a tan grata y honrosa compañía, me permito recomendar a Cabriñana que ocupe sus próximos ocios parlamentarios o empresa de más magnitud y amplitud, ya que tiene datos para investigar y manejar el «documento humano» con toda la enérgica firmeza de un Emilio Zola y toda la rigida minuciosidad de un Hipólito Taine... Así como éste dotó a sus compatriotas de los famosos *Orígenes de la Francia contemporánea*, por qué hemos de quedarnos sin nuestras correspondientes *Postimerías de la España actual*?

Ya que esto se va, sépase con cuántas llagas y postemas. De fenecer lo existente, fenezca con todos los indiscretos sacramentos de la Santa Madre Historia.

Entre tanto, los sarracenos continúan molliendonos a palos, y la Providencia sigue ateniéndose a la coplilla consabida.

O como mucho antes había dicho Gómez Manrique:

... La de Dios gloriosad
Mano diestra
En las batallas se muestra
Poderosa.
Allí faze secutores
A los únicos crueldes;
Allí faze los ynfeles
Muchas vezes vencedores;
Assi que debe temer
El potente,
Pero más el evanescente
De poder.

Sin embargo, el cielo no nos abandona del todo.

propuesto, así tenga que ver tanto con el tema como por los cerros de Ubeda.

Hay quien piensa casarse, y se arrepiente; quien ofrece dinero, y no lo da; quien se compromete a sublevarse, y no lo cumple; más todavía: no se ha dado el caso de que deje de pronunciar un discurso el que lo tiene en cartera.

Esto es forz, horrible para la tranquilidad del resto de los mortales; mas no hay manera de evitarlo. Si no lo suelta en un Congreso, lo larga en una Asamblea; si no en un casino, en un comité; si en el café no, en la calle; de pie ó sentado; de noche ó de día, ¡Y qué resulta de aquí? Que como no siempre las circunstancias ayudan a la intención, a lo mejor se convierte en rechiffa para el autor lo que debió ser gloria, y así hay por esos rincones tantos grandes genios no comprendidos.

Ann cuando a decir verdad, esto importará poco, si esos Mirabegas de invierno no comprometerían a veces con su charla impremeditada las causas mejores y no dieran pretextos a los enemigos para echar sobre un partido faltas cuya responsabilidad corresponde exclusivamente a media docena de ambiciosillos y charlatanes.

JOSÉ NAKENS.

Estadística tributaria

ÁLAVA

Población.	92.915 habitantes.
Kilómetros cuadrados.	3.045
Habitantes por kilómetro.	31

INMUEBLE, CULTIVO Y GANADERÍA (PROVINCIA CONCERTADA)	
Impuesto de minas.	6.243,58 pesetas.
Por habitante.	67,20 »
Idem de cédulas.	40.968 »
Por habitante.	0,44 »
Contribuciones directas.	858.165 »
Por habitante.	9,55 »
Timbre del Estado.	230.280 »
Por habitante.	2,48 »
Sellos, correos y telegramos.	127.578 »
Por habitante.	1,37 »
Contribuciones indirectas.	857.030 »
Por habitante.	9,32 »
Renta de tabacos.	6.620.660 »
Por habitante.	7,13 »
Loterías.	357.480 »
Por habitante.	3,85 »
Rentas y ventas (Derechos del Estado).	278.995 »
Por habitante.	3,00 »
Redenciones a metálico.	58.500 »
Por habitante.	0,65 »

EJERCICIOS CERRADOS

Reintegros.	6.766 »
Por habitante.	0,07 »
Rentas públicas en total.	2.613.633 »
Por habitante.	28,13 »

que, viviendo en gas armada, agripen a los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar, en que descubierta a la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cela en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! a él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

Vuelto a su cueva Segismundo medite en el sueño de la vida y repita que quiere obrar bien, «pues no se pierde el hacer bien aun en sueños». Dejando a Don Quijote acuda Sancho a Alonso el Bueno, el eterno.

Acendamos a lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

¡Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO.

1897

Estadística oficial de Aduanas

	Pesetas.
Exportación internacional de productos españoles.	924.936.000
Importación de productos extranjeros.	793.341.000
Saldo a favor de España.	131.595.000

Un pueblo que anualmente paga el total de sus importaciones con productos de su comercio internacional, y le queda un remanente tan importante como el de 131 millones de pesetas, no es pobre ni carece de recursos positivos como se propala por los agoreros y gentes que no saben lo que se dicen ó tenían empeño en desacreditar a esta nación hidalga y caballerosa.

Si por desgracia España, y a pesar de su gloriosa historia, se viera en la necesidad de abandonar el resto de las conquistas que en pro de la humanidad hizo en los siglos xv y xvi no para explotar, sino evangelizar y civilizar millones de seres que se hallaban en la oscuridad y completo desconocimiento de la verdad, aún le quedarán a España 500.000 kilómetros cuadrados, de feraz suelo,

Crónicas mundanas.

—Se anuncia el próximo matrimonio de la bellísima hija de un defraudador del Estado que ha sido ministro tres veces en tres Gobiernos distintos, con el distinguido heredero de un antiguo funcionario encausado por timador hace treinta años, y hoy eminente hombre de Estado y marqués seis veces.

—Dentro de un mes se verificará el enlace del marqués viudo de la Bola, con la hija de un ex-ministro de Ruiz Zorrilla, de Castelar, de Cánovas y de Sagasta, que hace poco ha sido agraciado con el título de duque del Puntillo.

—El jueves se expondrá al público el magnífico *trousseau* de la popular señorita de Allavoy, que no había podido casarse hasta ahora y cuya dote se evalúa en 12 millones, con el eminente vago D. Ambrosio Colilla, conocido en los cafés de Madrid con el apodo de *El Buscavidas*. Los novios irán a vivir a la magnífica posesión de los padres de la novia en Zamora. Hay ascensor.

—Un distinguido novillerq que habla cinco lenguas vivas y toma lecciones de latín por las mañanas, contraerá matrimonio en la semana próxima con la viuda de un general que no se pronunció más que nueve veces y dejó un capital de dos millones y medio en acciones del Banco. Después de la boda habrá baile en el Vivero. Asistirá el cuerpo diplomático.

—La anunciada boda de la señorita de la Glicerina con el conocido cuñero D. Blas Cuco, se ha deshecho porque al celebrarse el contrato, el novio observó que en la dote de su bella prometida faltaban 19 pesetas. Se ha acudido a Roma a ver qué procede.

Vienen luego las comidas, fiestas y bailes.

—Los martes del conde del Papa (antes Manolo Bocas), senador gaitanico y futuro académico, continúan siendo el *rendez-vous* de las *sommités* del todo Madrid que se respecta. Anoche había que entrar en los salones con calizador, y se estima en 2.000 personas el número de los dichosos que habían conseguido una invitación. Los poetas de la casa dijeron odas, sonetos, baladas, orientales y villancicos. Algunas señoras se pusieron malas. El conde vestía de negro con cabos de oro.

—Gran baile el lunes pasado en el hotel de los barones de la Fumarada. Este título portugués, concedido hace poco al ilustre banquero que ha tallado su puerta durante quince años, es objeto de general elogio. La baronesa llevaba vestido *chíné* y los convidados le preguntaron a donde iba. Muchos hombres políticos, de los que le piden dinero para las elecciones. El *clou* de esta soiree fueron las sevillanas bailadas por la señorita de la casa, jaleada por tres ministros cesantes y un yerno, que había estrenado un terno.

—Los salones del Casino Pesimista, en el que se han sustonado todos los partidos políticos de la nación, estaban anoche hechos un ascua de oro. La aristocracia nueva, la alta banca, el clero castrense, las letras, las stitabas, la industria, el comercio, el belericio, la literatura, el hogaierero, el chufiero, el horchatero, el obrero, el facero, todas las clases sociales acudieron allí y bailaron, y cenaron, y se codearon hasta la hora en que salen a trabajar los tontos.

—El conde de los Duques, Sr. de Mier, del Apdo. de la Gócaracha, de las Bócas de la Isla, del Tremedal, de Casa-Mojos y Casa-Peñas.

Marquesas del Aguadocho, Pierasomo, Fusile-ria, Nometotes, Andacouella, Yavamos, Espejuelos, de la Zarzaparrilla, del Abalorio y de la Trucha.

Condesas del Fuelle, del Hornillo, de Casa-Galera, del Abamco, de Amadeo, de Plonono, de Haili, del Párol, de la Traca y del Hueso Palomo.

Del sexo leo (sin ofender a nadie) recordamos a los marqueses, condes, barones, vizcondes (todos de los de veinte años acá), y señores de Voivengo, de la Evolución, Puerto de Arlaban, Botones, Bombita, Sonbrón, Zurupeti, Viñape, Molina, Minuto y otros diplomáticos.

EUSEBIO BLASCO.

¿LOS FRAILES?

Un siglo nos han estado diciendo que gracias a los frailes gobernáramos y domináramos las Filipinas...

Y en el primer movimiento insurreccional los indios degüellan a cuantos frailes cogen por delante...

Y dicen los neos:—Los logias, los masones han acabado con las Filipinas.

Pues si los masones en tres ó cuatro años han soliviantado a los indios, ¿en qué consistía el poder de los frailes?

¿Y como Aguinaldo sólo ha levantado a los indios todos a pesar de los frailes?

¿Y qué ha sido de aquella influencia colosal de los frailes?

No ha habido en el mundo ningún Gobierno que haya confiado más en los frailes que los Gobiernos españoles...

¿Y ya no hay ni Archipiélago filipino, ni frailes! Los que quedan vivos se vendrán aquí a gobernarlos también, ¿no es eso?

¡Que vengan! Cuantos más haya más hartzazón habrá de ellos. ¡Vengan, vengan frailes!

El discurso de Sagasta.

Al levantarse el Sr. Sagasta, surge en los escaños rojos un murmullo de inmensa expectación.

El presidente del Consejo, pálido, con la voz trémula, exclama:

«Señores diputados: Voy a ser sincero. Las circunstancias lo exigen; la patria lo demanda. (*Aplausos*) Estas Cortes—¡vosotros lo sabéis muy bien yo, no representan la voluntad nacional. Y, sin embargo, estas Cortes, ante el grave problema de la guerra con los Estados Unidos, van a empuñar las armas de Almadén y el impuesto sobre la navegación, van a recargar varios tributos, van a pedir a los contribuyentes españoles el anticipo de un año de contribución, aun sabiendo que muchos de ellos, esquilamados, arruinados, venderán sus fincas, apagarán los hornos de sus fábricas y cerrarán sus tiendas, porque no podrán pagar lo que van a pedirles. (Algunas voces en la tribuna pública: *Es verdad, es verdad*)»

Vega Arnijo, incomodado, agita la campanilla, diciendo: Orden en las tribunas.

«Pues bien—continúa diciendo el Sr. Sagasta;—yo creo que estas Cortes están incapacitadas para empuñar las rentas de la nación y sobre todo para exigir sacrificios a los contribuyentes, si ellas mismas no comienzan por sacrificarse. No por vanidad, sino porque me cre